EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

DEMONIO Y ÁNGEL,

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON MIGUEL PASTORFIDO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°
1875.

DEMONIO Y ANGEL,

DRAMA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON MIGUEL PASTORFIDO.

Estrenado en el Teatro ESLAVA el 27 de Febrero de 1875, á beneficio de la primera actriz DOÑA MERCEDES GARCÍA.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
1004

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUCRECIA	D.ª Mercedes García.
MARÍA	D.ª Dolores Francisconi.
DOÑA CATALINA	D.ª María Artiguez.
RAFAEL	D. Ramon Mariscal.
MARCIAL	D. Pedro Ruiz Arana.
DON JUAN	D. Luis Obregon.
EL BARON	D. Eduardo Chacel.
UN CRIADO DE LUCRECIA	Sr. Riaza.

La accion se supone en nnestros dias: en Madrid el acto primero, y en Carabanchel el segundo.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A ISABEL...

Á tí, que bien grabado en la memoria
puedes tener lo principal del drama,
en nombre de quien sabes que te ama,
envio esta leal dedicatoria.

El Autor.

723361

ACTO PRIMERO.

Taller de Rafael. En el fondo una puerta que da á un pequeño plantío de árboles, que se descubren á través de las ventanas, entre las cuales está la puerta. Objetos de arte. Otras dos puertas, una á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL y CATALINA. El primero sentado delante de una mesa, donde hay un pedazo de yeso, en el que se adivina el proyecto de una estátua. El cincel se ha escapado de sus manos. Su madre le observa con ansiedad. Momento de silencio.

RAF. (Lucrecia! Mujer de mármol
lo mismo que mis estátuas.
Sí, tan hermosa como ellas,
pero como ellas sin alma.)

CAT. Rafael? (No me oye.) Escucha,
Rafael!

RAF. (Como despertando de un sueño.)
Qué?

CAT. No trabajas?

RAF. No.

CAT. Qué tienes, hijo mio?

RAF. Estoy pensando...

CAT. En qué?

RAF. En nada.

CAT. Rafael, tú no me quieres.
RAF. Yo? Por qué?
CAT. Porque me engañas.
RAF. Madre mia! (Abrazándola.)
CAT. Sí; tú sufres
y me lo ocultas.
RAF. (Esforzándose por sonreir.) Yo? Vaya!...
CAT. Entónces qué significan
esas prolijas veladas?
Yo tambien como tú velo,
y la luz, que no se apaga
ninguna noche en tu cuarto,
me dice que no descansas.
Me aproximo con cautela
á la puerta de tu estancia,
y te veo hablar á solas
entre suspiros y lágrimas,
tú, que hace ya quince dias
que con tu madre no hablas.
RAF. Bah! No te aflijas por eso:
es la fiebre que me exalta,
es una idea que todas
mi facultades embarga.
CAT. Y esa idea?...
RAF. Es un trabajo
que preparo.
CAT. Sí?
RAF. Una estátua.
CAT. No, no es eso lo que turba
tu sueño y roba tu calma.
RAF. Yo te aseguro que...
CAT. Escucha.
Tu melancolía data
desde la noche en que viste
á esa cantante italiana.
Justo! Hará cerca de un mes.
(Movimiento de Rafael.)
Ves como no me engañaba?
(Rodeándole el cuello con sus brazos.)
Marcial te presentó á ella,
y durante una semana
esa señora venía

todas las tardes á casa.

RAF. Quiso que le hiciera un busto.

CAT. Sí; pero cuál es la causa
de tu profunda tristeza?

RAF. Tengo ambicion.

CAT. Pues trabaja.
Tú tienes talento!... Lucha
y salvarás la distancia
que del mundo de los ricos
aún, Rafael, te separa.
(Mudando de tono.)
—Pero no!... Si no es la envidia
lo que emponzoña tu alma!
No cabe en ella. Otra cosa
más terrible es la que pasa
por tí... Yo quiero saber
lo que te sucede. Callas? (Breve pausa.)
Hijo mio, tu silencio
me desespera, me mata!

RAF. Pues bien: confieso que á veces
una quimera insensata
viene á turbar mi reposo,
pero no es más que una ráfaga.
Me domina, me atormenta
un momento, y luégo pasa.
Con el tiempo, de seguro
he de recobrar la calma.

CAT. Sí, desecha esas quimeras
que te esclavizan, que apagan
el fuego que ántes ardía
en esa frente inspirada.
Prepárate á recoger
los laureles que te aguardan;
y serás rico y dichoso,
y será inmortal tu fama,
y yo tu gloria con júbilo
en mí veré reflejada.

RAF. Si tú supieras el bien
que me hacen esas palabras!

CAT. Llora, hijo mio, que el llanto
es el rocío del alma:
mucho más si es una madre

quien enjuga nuestras lágrimas.

RAF. (Desprendiéndose de los brazos de su madre.)
(Dios de bondad, haz que olvide
esta pasion temeraria.)

CAT. Mira, Rafael, te vas
á reir; pero... no es chanza.
Yo soy muy supersticiosa
y presiento una desgracia.

RAF. Por qué?

CAT. Te acuerdas de César?

RAF. Ah, sí! mi perro de caza.

CAT. Pues bien, desde que murió
nada nos sale bien, nada.
Desde entónces la alegría
ha abandonado esta casa.
Murió aquí, en el mismo sitio
en que tú sentado te hallas:
me miró á mí... luégo en tí
fijó una mirada lánguida.
Me pareció que quería
decirte aquella mirada:
«yo me voy, si tú la dejas
se queda sola mi ama.»

RAF. Madre!

CAT. No tengo en el mundo
más que á tí: si tú me faltas...

RAF. Imagina usted que yo
soy capaz de abandonarla?

CAT. Ah, no! yo sé que tú eres
un buen hijo. Sólo falta
una cosa... Rafael,
quieres que te sea franca?

RAF. Oh! sí, diga usted.

CAT. Pues bien:
yo quisiera que te amára
una jóven muy hermosa,
muy fiel, muy buena, muy cándida.
Y no creas que tendría
celos, al contrario. Basta
para que yo ame á cualquiera
el saber que tú le amas.
El amor de madre es la única

pasion desinteresada.

RAF. (Es verdad.)

CAT. Si Dios ese ángel,
que yo he soñado, nos manda...

RAF. Madre mia! Tú me has hecho
concebir una esperanza.

CAT. Sí? Y á propósito: á quién
dirás que ví esta mañana?

RAF. Yo no sé, madre.

CAT. Á María.
—Te acuerdas tú de ella?

RAF. Vaya!
Cómo quieres tú que olvide
á la benéfica hermana
de la Caridad, que estuvo
más de un mes junto á tu cama,
y cuyo celo sublime
y abnegacion sacrosanta
te salvaron de la muerte
que te hería con sus garras?
Más que á la ciencia, á María
soy yo deudor de la gracia
de tener aún madre, sí!

CAT. Pues la pobre...

RAF. Qué le pasa?

CAT. Que tiene que renunciar...

RAF. Va á dejar de ser hermana
de la Caridad?

CAT. Los médicos
ven su salud quebrantada,
y han declarado en peligro
su vida, si continuaba...

RAF. Y enferma y huérfana, qué
piensa hacer la desdichada?

CAT. Compadecida, hijo mio,
le he dicho que en esta casa
un albergue tendrá siempre.

RAF. Hiciste bien.

CAT. No te enfadas?

RAF. Yo enfadarme, madre mia?
Y contigo!

CAT. (Si él la amára!...)

Mas qué veo, tus mejillas
vuelven á estar sonrosadas!

RAF. Sí, me siento reanimado.
Ya la inspiracion exalta
mi fantasía, y...

CAT. Pues bien,
voy á dejarte. Trabaja...
Tengo un hijo, que si quiere,
eterna ha de hacer su fama.
—Las dos! Y aún no has almorzado!

RAF. El apetito me falta.

CAT. Haré que pongan la mesa
y te llamaré.

RAF. Bien... anda.

ESCENA II.

RAFAEL.

Para borrar yo la huella
de esa mujer insensible (Señalando al busto.)
trabajaré, sí!
(Momento de silencio, durante el cual Rafael procura trabajar: pero está bajo el influjo de la fiebre que aumenta gradualmente, y arroja el cincel con desprecio.)
Imposible!
No sé pensar más que en ella.
Yo te amo con frenesí,
Lucrecia... Cómo no amarte,
si he muerto ya para el arte
y sólo vivo por tí!
Al luchar con mi pasion,
aún más en ella me inflamo.
Te amo, Lucrecia, te amo
con todo mi corazon! (Pausa.)
Pero ella con mi amor juega.
Que deje el teatro le digo,
que huya de Madrid conmigo,
vacila, y al fin se niega!
Y tú para ella aún me pides
amor, corazon cobarde!

Olvídala, sí! Aún no es tarde;
es preciso que la olvides.
Tú has de vencer, yo lo abono,
esa pasion con que lidias.
Oh, Marcial! (Viéndole llegar.)

ESCENA III.

MARCIAL y RAFAEL.

MARC. Salud al Fidias
del siglo décimonono.
RAF. Amigo!
MARC. Qué tal?
RAF. Estoy
malo: sin saber qué hacer.
Hoy me aburro.
MARC. Luego ayer
te divertiste?
RAF. Como hoy!
Como mañana.
MARC. Quién sabe?
Mas tú ignoras todavía?...
pues escucha: el otro dia
me ocurrió una cosa grave;
una aventura inaudita.
RAF. Sí?
MARC. Recibí una estocada.
RAF. Tú?
MARC. Felizmente la espada
sólo rasgó mi levita.
RAF. Y por qué?
MARC. Una bagatela!
Porque escribí cierto artículo
en que ponía en ridículo
á un ministro... de zarzuela.
El crítico á esos rasguños
se ve expuesto en ocasiones,
y hoy, más que buenas razones,
necesita buenos puños.
Quien dice en la actualidad
la verdad, se ve en un tris.

Qué mucho! En este país
es un crímen la verdad.
Pero pasa ya de un mes
que no te he visto, y sospecho
que ella... Veamos, qué has hecho?
Te has divertido?

RAF. Al revés.
Me he fastidiado.

MARC. Pues dí,
y Lucrecia?

RAF. Qué sé yo!

MARC. La amas todavía?

RAF. (Vacilando.) No.

MARC. Conque la olvidaste?

RAF. Sí.

MARC. De veras? Perfectamente!
Rafael, venga esa mano.
Has salido libre y sano
del riesgo más inminente!...
Al saber que eras su amante,
yo temblé. Tú eres un hombre,
cuya vida, no te asombre,
es un peligro incesante.
Amas con amor profundo;
y el corazon, francamente,
es un gran inconveniente
para vivir en el mundo.
Yo tambien lo tuve, sí,
y de los más insensatos;
pero al fin, tan malos ratos
me dió, que lo suprimí.
Prescinde de él, y la hiel
no apurarás del dolor.
Se vive mucho mejor
sin corazon, que con él.
No sientas por las mujeres
esa poética llama.
Ama... como el vulgo ama,
y verás qué feliz eres.
No sientas ese ardor loco
con que todo lo atropellas.
Ama sin el alma... ellas

no tienen alma tampoco.
La mujer siempre es mujer;
nunca en el fondo varía.
Qué es la Lucrecia de hoy dia
si no la Aspasia de ayer?

RAF. Te ha mordido el corazon
alguna coqueta? Dí.

MARC. Las coquetas muerden, sí,
como víboras que son.
Pero una, al verter su hiel
en el mio, reventó:
figúrate tú si yo
tendría veneno en él!
Por si tu razon no aprecia
cuánto debo haber sufrido,
baste decirte que he sido
un amante de Lucrecia.
En Roma la conocí;
y me gustaba y no poco.
Si casi me volvió loco!
Y volverme loco á mí!...
Por fortuna escarmenté
á tiempo en cabeza ajena.
Esa italiana no es buena.
Ni lo será ni lo fué.
Un conde me reemplazó,
un escocés noble y rico.
Y qué lástima de chico!
Al año en *Bhedlam* murió.
Por mi conducta indiscreta,
que merece algun reproche,
te presenté á ella la noche
que debutó en el Profeta.
Y di, el orgullo, el placer,
no encendían su semblante?

RAF. Sí.

MARC. Pues en aquel instante
acababa de saber,
sin que le causara mella,
que se había suicidado
un hombre, desesperado
de que no le amára ella.

RAF. Eso es imposible! eso es
mentira!
MARC. Por Belcebú!
Quien ha mentido eres tú.
No estás curado!... al revés!
RAF. No, no!... Ni aun su desden trunca
esta ciega idolatría.
La amo... la amo todavía.
Oh! sí... tal vez más que nunca!
MARC. Diablo! Hé ahí mis temores
realizados... Estás ciego.
Olvida, yo te lo ruego,
esos funestos amores.
RAF. No: yo no puedo olvidar.
MARC. Pues bien, ya que tan sensible
has nacido, que imposible
juzgas vivir sin amar,
ama á otra, y menosprecia
á Lucrecia!
RAF. En ella fundo
mi bien.
MARC. Y no hay el mundo
otra mujer que Lucrecia?
Mil y mil encontrarás
mejores que ella... Cualquiera!
La hija de mi lavandera
vale sin disputa más.
Te amaria con pasion
sin asechanzas ni enredos.
Tendrá callos en los dedos;
pero no en el corazon.
Un triste fin, y me fundo,
vas á hallar por desenlace.
Ella sólo se complace
en atormentar al mundo.
RAF. Su desden, su veleidad
serán causa de mi muerte.
Y en vano lucho. Es más fuerte
mi amor que mi voluntad.
MARC. Pues, no hay más, es menester
olvidarla. Fuera el miedo!
RAF. Sí, yo quiero; mas no puedo.

MARC. Chico, querer es poder.
(Le coge del brazo y se pasean juntos. Momentos de silencio.)
Has ido á verla?
RAF. Ayer, sí.
MARC. Y bien?
RAF. El furor me abrasa.
Una hora estuve en su casa
y loco de ella salí.
MARC. Y loco te volverás.
Pero voto á Belcebú!
Yo me he propuesto que tú
olvides, y olvidarás.
(Rafael menea la cabeza.)
(No ha parado un coche? Sí.
(Mirando por la ventana.)
Y es ella! Presagio un drama.)
CAT. Rafael? (Llamando desde dentro.)
MARC. Vé, que te llama
tu madre!
RAF. Sí: ya la oí.
Es para almorzar.
MARC. Pues vé.
RAF. Contigo.
MARC. Estimo el favor.
RAF. Pero...
MARC. Vé tú al comedor,
que yo aquí me entretendré.
(Váse Rafael por la izquierda. Breve pausa, durante la cual se coloca Marcial en el sitio en que se sentaba Rafael á trabajar.)

ESCENA IV.

MARCIAL, LUCRECIA, por la derecha.

LUC. Entro en el templo del arte?
MARC. (Logré á tiempo que él se fuera.)
LUC. Don Rafael Aguilera?
MARC. (Qué chasco vas á llevarte!)
(Desde el asiento y disimulando un poco la voz.)
Adelante.

LUC. Gracias!
MARC. (Quiero
ver sus planes destruidos.)
LUC. (Con ironía al ver que el otro no se ha levantado.)
Por mí nada de cumplidos!
Siéntese usted, caballero!
En verle tan ocupado
hallo un verdadero gusto...
He venido por el busto
que le tenía encargado.
(Marcial corre la cortina que lo cubría.)
No está acabado y lo siento,
que aun así á primera vista
de tan afamado artista
revela bien el talento.
Esta obra, que ya al autor
tanto ensalza y recomienda,
será para mí una prenda
de inestimable valor.
Cifro mi dicha completa
en que llegue á mi poder.
MARC. (Ya descubre esta mujer
sus instintos de coqueta.)
LUC. Rafael...
MARC. (Está en un potro.)
LUC. No merezco ni un saludo? (Breve pausa.)
Pero se ha vuelto usted mudo?
MARC. (Me ha tomado por el otro.)
LUC. Rafael!... (Qué grosería!)
Del gran artista, no en vano,
ansiaba estrechar la mano.
MARC. (Levantándose, presentándose á ella y tendiéndole la mano.)
Le es á usted igual la mia?
LUC. Marcial! (Sorprendida.)
MARC. Yo, que por error
comprometí la amistad,
haciendo una necedad...
LUC. Usted?
MARC. De marca mayor.
Yo fuí víctima y testigo
del poder de su belleza;

y cometí la torpeza
de presentarle mi amigo.

LUC. Qué tiempos, ay! Dios eterno!
Cuando en Roma usted me quiso!

MARC. Allí soñé un paraiso...

LUC. Ah! sí!

MARC. Y encontré un infierno.
Mas hoy vivo en dulce calma.
He aprendido á conocer
el alma de la mujer;
digo, si es que tiene alma.
Lanza al hombre á empresas locas...
tritura los corazones...

LUC. Habrá algunas excepciones.

MARC. No ha de haber? Pero son pocas.

LUC. Oh!

MARC. La que más fiel parece,
es de la inconstancia hija.
Veleta...

LUC. Á veces se fija.

MARC. Cierto; cuando se enmohece.

LUC. No va usted tras ellas?

MARC. Sí.
Hoy fuí tras una muy bella.

LUC. Hola!...

MARC. Pero fué porque ella
iba delante de mí.

LUC. Tal vez de sus vilipendios
nos vengará una pasion.

MARC. Yo tengo ya el corazon
asegurado de incendios.
Pero aunque el alma que abrigo
no dé culto á la mujer,
usted me obliga á temer
por mi más querido amigo.
Mezclando amor y desden,
usted turbó su reposo.

LUC. Yo!...

MARC. Y él era tan dichoso!...

LUC. Sí?

MARC. No lo sabe usted bien.
Vivía en dulce abandono

sin sentir odios ni envidias.
Le llamábamos el Fidias
del siglo décimonono.
Y aun de Rafael Urbino
mostró á veces el pincel;
que tambien de Rafael
sentía el genio divino.
No abrigaba otra ilusion,
ántes de ser su alma esclava,
que una madre, á quien amaba
con todo su corazon.
Mas por imprudencia mia
halló á usted en su camino,
y usted á robarle vino
dicha, quietud y alegría.
Por qué su pasion provoca,
si amor usted nunca siente
y odio cabe solamente
en su corazon de roca?
Esclavo de sus amores
él vive; y usted, ingrata,
con frio desden le mata.
Busque usted triunfos mejores!
No haga su dicha ilusoria,
ni en arrebatarle insista
su noble ambicion de artista,
sus dulces sueños de gloria.
Que ya el dolor no taladre
su inocente alma de niño!
Que guarde todo el cariño
para su afligida madre!
Y usted no dé testimonio
de su iracundo poder.
Si es un ángel la mujer,
por qué fingirse un demonio?

LUC. Bravo!

MARC. Se rie usted?

LUC. Sí.
No lo tome usted á ultraje,
ese inspirado lenguaje
es tan nuevo para mí...

MARC. Hubiera sido un error

hacer con usté el ensayo.
Habla usted con su lacayo
de música?

LUC. No señor;
ni me ocurrió el pensamiento.
Qué alcanza ese pobre diablo?...

MARC. Pues por eso yo no hablo
con usted de sentimiento.

LUC. Y usted ignora por qué
de un hombre al turbar la calma
siente algun placer mi alma?
Voy á decírselo á usté.
Yo no conocí á mi padre;
á mi madre abandonó!
Fué muy desgraciada, y yo
juré vengar á mi madre.
Al ver cuanto ella sufría,
yo prometí—no se asombre—
que en mi alma para el hombre
odio solamente habría.
Y aunque más de un importuno
sus riquezas me ofreció,
las rechazé, porque yo
juré no ser de ninguno.
Y el juramento cumplí;
y de ello usted fué testigo.
Al dulce amor tierno abrigo
nunca en mi pecho le dí.
Lo fingí; porque mi amor
robaba á un hombre el sosiego:
le hacía esperar y luégo
me gozaba en su dolor.
No hay puñal que así taladre
alma en que el amor impera!...
—Ya ve usted de qué manera
juré vengar á mi madre.

MARC. Pues yo tengo á Rafael
un cariño extraordinario;
y por él, sí es necesario,
seré implacable y cruel.
Su inesperta juventud
haría usted desgraciada.

Huya usted de esta morada,
que es templo de la virtud.

LUC. Marcial!

MARC. Conozco muy bien
el plan que en su mente encierra.

LUC. Me declara usted la guerra?
Veremos quién vence á quién.
(Váse por la derecha.)

ESCENA V.

MARCIAL, luégo RAFAEL.

MARC. Ella á luchar se decide.
Y cómo su triunfo impido?
Rafael está perdido
si no logro que la olvide.

RAF. (Viniendo por la izquierda, abstraido.)
(Que coma... que viva en calma,
sufriendo de esta manera!
Como si el amor no fuera
el alimento del alma!)

MARC. (Qué mujer! Me hace temblar!)
Y por fin has almorzado?

RAF. No sé...

MARC. Tú no estás curado.

RAF. No; ni me quiero curar.
Mi suerte ha de ser la misma
sucumba ó no á mi dolor.
Qué importa morir de amor
ó morir de una aneurisma?

MARC. No con augurio fatal
tu tétrico esplin agraves.
Una aneurisma...

RAF. Ya sabes
que yo padezco ese mal.

MARC. Vana aprension!

RAF. En la tumba
se hallan la paz y el olvido.

MARC. Calla! De qué es ese ruido?
(Como queriendo distraerle. Se deja oir la tempestad con creciente fuerza.)

RAF. Del viento que airado zumba.
Me alegro.
(Se oye un golpe á la puerta del fondo.)
MARC. Espera.
RAF. Ya ves...
La tempestad al fin hiere
mi puerta. Sin duda quiere
visitarnos. Que entre, pues.
MARC. Pero...
RAF. (Yendo á abrir.) Bien venida seas.
MARC. Estás loco? No consiento...
RAF. (Rechazándole dulcemente.)
Quita! Arde mi frente... el viento
refrescará mis ideas.
(Abre la puerta hácia dentro y aparece María.)

ESCENA VI.

DICHOS y MARÍA.

RAF. Ah!
MARC. No era el viento.
RAF. María!
MARIA. Si molesto, les suplico...
MARC. Esta jóven es la hermana
que con sus buenos oficios
salvó á tu madre!
RAF. La misma.
MARIA. Dios fué quien salvarla quiso.
MARC. Y es bella.
RAF. Como infeliz.
Su presencia en este sitio
es prueba de otra desgracia
segun mi madre me ha dicho.
MARIA. Obligada por los médicos
que ven mi vida en peligro,
por última vez el hábito
de la Caridad hoy visto.
Qué es lo que va á ser de mí!
MARC. Tiene usted padres?
MARIA. No; vivo
sola!

RAF. María!...
MARIA. Mis padres!...
Si ellos hubieran vivido!...
MARC. Oh! su historia debe ser
muy triste.
MARIA. Mucho.
RAF. Muchísimo.
MARC. Que nos diga...
(Rafael, como asaltado por una idea repentina, se pone á dibujar, interrumpiendo su trabajo como el actor lo crea conveniente.)
MARIA. Bien: mi padre
era un capitan marino
pundonoroso y valiente,
segun despues he sabido.
MARC. No le conoció usted?
MARIA. No.
Naufragó en un viaje que hizo
muy lejos de aquí. Mi madre
murió de pena: el cariño
de una nodriza fué entónces
de mi orfandad el abrigo.
Viví á su lado diez años.
Oh! Diez años de martirio
para ella y para mí.
MARC. Por qué?
MARIA. Porque su marido
me estaba siempre riñendo
y me pegaba.
MARC. El muy pillo!
RAF. Qué crueldad!
MARIA. Una noche...
Nunca la daré al olvido.
Aquel hombre estaba ébrio...
me llenó de injurias; quiso
maltratarme, y mi nodriza
al ir cual siempre á impedirlo,
recibió el golpe que yo
debía haber recibido.
Entónces yo, que la amaba
como ella á mí, con delirio,
quise poner con mi ausencia

un término á su suplicio;
y partí, pobre mujer!

MARC. Pero... Y aquel hombre indigno?

MARIA. Ay! le mataron.

MARC. Usted
se alegraría, de fijo?
Yo, al ménos, en su lugar,
desearía haberle visto...
(Con un gesto expresivo.)

MARIA. Eso no; al contrario.

MARC. Cómo?

MARIA. El señor cura me dijo
que debemos amar siempre
aun á nuestros enemigos.

RAF. (Es un ángel!)

MARC. (Á Rafael.) (Pues no está
enterneciéndome, chico!)

MARIA. Por consejo de él, despues,
y ser tambien gusto mio,
de la Caridad el hábito
constantemente he vestido
Desde hoy, no sé...

MARC. (Pobre jóven!)

MARIA. Qué va á ser de mí! Confío
en que Dios me amparará.
Con tanta fe se lo pido!...

RAF. Es sublime. (Ap. á Marcial.)

MARC. Sí. (Qué idea!
Rafael se ha conmovido!
Ah! Si María apartarle
lográra del precipicio
que ha abierto á sus piés Lucrecia...
He de ver si lo consigo.)
—Y qué se propone usted
hacer? (Á María.)

MARIA. Entrar al servicio
de aquel que ampararme quiera.

RAF. María, usted no ha nacido
para eso, ni su salud...
Aquí hallará usté un asilo,
y en mí...

MARC. Un padre.

MARIA. Si es tan jóven!...
MARC. Qué diantre! Será su tio
ó su hermano, ó su... ademas,
es muy jóven, convenido:
pero entre los dos contamos
algo más de medio siglo...
Si acomoda esa edad, nada,
éste y yo nos reunimos
para dar á usted un padre.
MARIA. Es posible!
MARC. Ya está dicho.
No se hable más del asunto.
RAF. Mi casa será el abrigo
de su orfandad, y mi madre
la suya. Sí: ella me dijo
que deseaba una hija;
yo se la daré.

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA CATALINA.

CAT. Hijo mio!
RAF. Ah!
MARC. Señora!...
CAT. Desde allí
estaba oyendo.
MARC. De modo
que sabes ya?...
CAT. Lo sé todo.
RAF. Madre mia!
CAT. Todo, sí.
Quieres que huya de tí el mal?
Que tu pena se mitigue?
Pues ama á tu madre y sigue
los consejos de Marcial.
MARC. Señora!
CAT. Es un hombre honrado.
MARC. Gracias!
CAT. Ven aquí, María:
yo una hija le pedía
á Dios y Dios me ha escuchado.

MARIA. Tanta bondad! Mas qué ví!
(Por el dibujo que hace Rafael y aproximándose á él.)
Es mi retrato.
MARC. (Ap. a Catalina.) (Señora,
á usted se le ocurre ahora
la misma idea que á mí.
CAT. En su dicha sabe Dios
que es sólo en lo que me ocupo.
MARC. Mire usted qué hermoso grupo
están formando los dos.
Ella logra que él trabaje...
De mirarla no se sacia!
Las artes y la desgracia
forman muy buen maridaje.
CAT. Ya lo veo... qué fortuna!
(Acercándose á ellos y poniéndose de modo que al entrar D. Juan no vea á María.)

ESCENA VIII.

DICHOS, D. JUAN, el BARON.

JUAN. Hay permiso?
RAF. Quién? Don Juan!
Y el Baron! (Levantándose.)
BARON. *Sans compliment.*
RAF. No corre prisa ninguna.
JUAN. Anhelábamos saber
si estabas muerto ó vivías.
Como hace ya tantos dias
que no te has dejado ver...
Señora... (Saludando á Catalina.)
CAT. (Á Marcial.) (Estos dos serán
de Lucrecia amigos?
MARC. Sí,
son, en efecto...
CAT. Ay de mí!
(Id.) Sabe el cielo á qué vendrán!
JUAN. Eh! Trátanos con franqueza
y que sigas te aconsejo...
BARON. Sí.
JUAN. Qué hacías?

RAF. Un bosquejo.
JUAN. Hombre!... Bonita cabeza!
BARON. Á ser verdad...
RAF. Por qué no?
JUAN. Es pintar como querer.
No hay en la tierra mujer...
RAF. Pues la hay.
JUAN. (Con aire de incredulidad.)
Bah!
RAF. (Mostrándale á María.) Mira.
BARON. Oh!
RAF. Y bien?
JUAN. Con esa leal
franqueza, que me es tan propia,
te confieso que á la copia
prefiero el original.
(Qué chica!) Y *á propos*, cuida
de no faltar hoy al Real.
RAF. Yo al teatro?
MARC. No.
JUAN. Sí tal.
La funcion de despedida
de Lucrecia!
RAF. Cómo! Qué!
BARON. Hay que echarle muchos ramos.
RAF. No sabía!...
JUAN. Te esperamos?
MARC. (Ten entereza.) (Ap. á Rafael.)
RAF. Veré...
tal vez.
CAT. (Ah!)
JUAN. Tomas un coche...
y luégo...
MARC. Pero si tiene
que trabajar y...
CAT. (Ap. á Rafael.) (Conviene
que no salgas esta noche.)
JUAN. (Vaya una chica!...)
RAF. Me indica
mi madre que no. (Si fuera
verdad que se despidiera!...)
JUAN. (Vamos, me flechó esta chica!)

MARC. (Ap. á Rafael.) (Muy bien.)
CAT. (Ap. á Rafael.) (Ocultar no puedo
mi alegría, no te asombre.)
MARIA. (Me está mirando ese hombre
de un modo que me da miedo.)
JUAN. Es un crímen, la verdad,
del que no tendrás indulto,
si hoy no vas á rendir culto
á esa notabilidad.
BARON. Como se despide!...
MARC. Y qué?
JUAN. Que estará el teatro lleno...
MARC. No hace falta entónces.
JUAN. Bueno!
Señora... abur... (Volveré.)
(Mirando á María.)
BARON. Pedir quiero al gran artista
me haga un busto.
RAF. Sí, Baron?
BARON. Pero ya, ya habrá ocasion...
RAF. Bien.
BARON. Adios.
MARC. Hasta la vista.

ESCENA IX.

RAFAEL, MARÍA, MARCIAL y CATALINA.

RAF. Ea, venga usted aquí,
María, y acabaré.
CAT. (Ap. á Marcial, indicándole á María y á Rafael.)
(Pero amigo, usted no ve?...)
RAF. (Si irá Lucrecia? Ay de mí!)
CAT. (No hay más, se apagó la idea
que há tiempo le consumía.
MARC. Salvarle puede María.
CAT. Es verdad: bendita sea!)
RAF. (No hay nada que iguale al brillo
de esa mirada tan pura.
No: no encierran más dulzura
las vírgenes de Murillo.)
CAT. (Me va á matar la alegría.)

ESCENA X.

DICHOS, el GROOM DE LUCRECIA.

GROOM. Don Rafael Aguilera?
RAF. (Carta de Lucrecia!) Espera.
(Á María, dejando el lapiz.)
CAT. Y bien? (Á Marcial con ansiedad.)
MARC. (Ap. á Catalina.)
(Ella es quien la envía.)
MARIA. Faltan los ojos... (Quizás
lo deje para otro rato.)
MARC. (Presumo que ese retrato
no ha de ver claro jamás.)
RAF. Dile que... iré.
CAT. Ah!
MARC. (No digo!...)

ESCENA XI.

DICHOS, ménos el CRIADO.

RAF. Escucha, que no se entere...
(Á Marcial ap. y señalando á su madre.)
Al fin consiente! Al fin quiere
huir de Madrid conmigo.
MARC. Rafael, no seas tonto...
RAF. Silencio!—Madre, un asunto
reclama que salga al punto
de Madrid... volveré pronto.
CAT. Qué! (Asombrada.)
MARIA. Será usted tan cruel
que nos deje?
RAF. Vuelvo luégo...
CAT. Quédate; yo te lo ruego.
MARC. No te marches, Rafael!
CAT. Que mi voz oigas no dudo.
MARC. Serías muy temerario.
RAF. Madre mia, es necesario.
Yo vendré á verte á menudo.
CAT. Oh!
(Se sienta llorando. María se aproxima arrodillár-

dose á sus piés y tratando de consolarla.)

MARC. Rafael, te suplico
que no dejes de ese modo...

RAF. Lucrecia me ama, y todo
á su amor lo sacrifico.

MARC. (Á Rafael con desagrado.)
Pues bien, haz lo que te cuadre.

MARIA. Pero...
(Aproximándose á Marcial llena de asombro.)

MARC. (Trayendo á María al centro de la escena y diciéndole aparte.)
Pobre ángel!... Te exijo,
ya que no salves al hijo,
que consueles á la madre.
(María se arrodilla á los piés de Catalina; Marcial las contempla abatido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una sala decente en Carabanchel. Puerta al fondo y una á cada lado: Muebles correspondientes.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL y LUCRECIA.

LUC. Cuándo se termina el busto?
RAF. Verlo acabado te importa?
LUC. Es que me canso de estar
en posturas tan incómodas.
RAF. Te cansas! (Con amargura.)
LUC. (Levantándose.) Un mes llavamos
de vivir como dos tórtolas
en este lugar, que tú
llamas un nido de rosas,
y donde yo me fastidio
de una manera asombrosa.
Para que vieses que yo
á complacerte estoy pronta
me vine á Carabanchel
donde vivo triste y sola.
RAF. Triste?
LUC. Y aburrida.
RAF. Qué oigo!
LUC Torpe eres si no lo notas.
Por única sociedad

tengo á mi doncella, sorda
por añadidura...

RAF. Y yo?...

LUC. Huy! Qué cosa tan monótona
es ver siempre el mismo techo,
siempre las mismas personas!
Alquilé una pobre casa
por ser ella la más próxima
de esta, donde vives tú;
y todas las tardes, todas,
vengo á que saques el busto
en que cifras tanta gloria.
Busto que nunca se acaba

RAF. Estar junto á mí te enoja?

LUC. Me aburre la soledad.

RAF. Por Dios!... no digas tal cosa!

LUC. Pues lo digo una y mil veces.
Sentiré si te incomodas;
pero me vuelvo á Madrid.

RAF. Qué escucho!

LUC. Sí.

RAF. Me abandonas!
Ah! No! Dime que es mentira...
que eso no es más que una broma...

LUC. No: que lo digo de veras.

RAF. No me atormentes! Dí que odias
tus placeres de otros tiempos...
que á mí lado eres dichosa...

LUC. Pues mentiré si lo digo,
y mentir no me acomoda.

ESCENA II.

DICHOS y MARCIAL.

MARC. (Desde el fondo y con énfasis cómica.)
Salve, jóvenes felices,
los que, huyendo de la prosa
mundanal, os refugiais
en este nido de rosas,
para imitar el arrullo
de tiernísimas palomas!

Oh! amor! *Tityre tu patule*
recubans... Esto, señora,
es latin, que traducido
libremente á nuestro idioma,
equivale á aquello de
«*Contigo pan y cebolla.*»
Ó, lo que es lo mismo, viva
la poesía bucólica!

LUC. Déjese usted de latines!

RAF. Chico, déjate de bromas.

MARC. Tú eres el manso cordero (Á Rafael.)
de esta garrida pastora.
(Á ella.) Y tú, nueva Cloe, á ejemplo
de aquella edad mitológica,
prepárale al sacrificio,
hasta que llegue la hora
de que el fiero desengaño
de su vida el hilo rompa.

LUC. Marcial, usted siempre el mismo.

RAF. Guarda tus chistes para otra
ocasion más oportuna;
porque, la verdad, ahora...

MARC. Hola!

LUC. Sí... hace ya dias
que padece de esplin...

MARC. Hola!

LUC. Vaya! Y si él espera que
dure mucho se equivoca.

RAF. Lucrecia!...

LUC. Vivir así
es imposible.

RAF. Señora!...

LUC. He escrito al Baron del Césped,
á don Juan y á otras personas
que me aprecian...

RAF. Pero...

LUC. Hijo!...
ya me canso de estar sola.

RAF. Pero vendrán?

LUC. Á comer
conmigo.—No te acomoda. (Al ver su gesto.)
Pues cada uno en su casa.

RAF. No digas eso.
LUC. Perdona...
Voy á prevenir...
MARC. (Qué dicha
si mi plan no se malogra!)
LUC. Se queda usted? (Á Marcial.)
MARC. Sí.
LUC. Hasta luégo.
MARC. Á los piés de usted, señora.

ESCENA III.

MARCIAL, RAFAEL.

RAF. No me ama ya!
MARC. Rafael,
haz tu maleta: coloca
tus ilusiones debajo
de tus camisas, y toma
un ómnibus que te lleve
á Madrid, calle de Atocha,
número noventa y siete.
Con peseta y media compras
tu libertad y la dicha
de dos seres que te adoran.
RAF. Partir!...
MARC. (En tono grave.) Rafael, escucha!
Hay una hora que logra
decidir de nuestra suerte:
sonó para tí esa hora.
Huye de este sitio! Vamos
á tu casa... aquí la atmósfera
está envenenada... allí
respiras; aquí te ahogas.
Allí te espera la dicha,
el amor, la fe, la gloria,
la vida!... aquí el desengaño
y la muerte y la deshonra!
RAF. Partir!...
MARC. Escoge!...
RAF. No puedo.
MARC. Es necesario que rompas

tus cadenas.

RAF. Imposible!

MARC. Como tú te lo propongas...

RAF. Imposible, amigo mio.

MARC. Rafael, tu madre llora!
Tu madre sufre, se muere
y tú eres la causa sola.
Hace un mes que no la has visto:
tal vez no la reconozcas
si la vuelves á ver.

RAF. Calla!

MARC. No... no!

RAF. Por qué me la nombras?
No ves que yo no soy dueño
de mí mismo? Que no logras
tu objeto y que me desgarras
el corazon?

MARC. Y tú ignoras
por qué vive todavía?
Mientras su hijo la abandona
un ángel vela por ella.

RAF. María?

MARC. Sí. Niña hermosa,
que en el fondo de su alma
virtud y amor atesora.
Compárala con Lucrecia,
la que en tu martirio goza
y en tu infamia, y luégo escoge.
Ó morir...

RAF. Y qué me importa?

MARC. Dices bien. Esa mujer
ha completado su obra.

ESCENA IV.

DICHOS, EL BARON.

BARON. (No está ella...) Hola, señores,
buenas tardes!

MARC. Buenas tardes!

BARON. Pero y Lucrecia? Me escribe
de un modo tan alarmante!...

En Carabanchel se aburre,
y no extraño qué se canse
de una vida tan agreste,
tan monótona y salvaje.
No es verdad?

MARC. Qué quiere usted?...
Un capricho...

BARON. Esa es la frase.
Pero afortunadamente
ya he dado con él al traste.
Yo no quiero que se aburra;
y como al fin me consagre
á distraerla, prometo
que ha de divertirse en grande.

RAF. Oh!... (Marcial le contiene.)

BARON. Yo poseo recursos...

RAF. Oh!... Déjame. (Á Marcial)

BARON. Pero... calle!
Aún no había reparado...
Si es don Rafael! Qué diantre!
No parece usted el mismo:
no, señor! ese semblante...
Debe usted estar enfermo...
Debe usted cambiar de aires.
Hombre, á usted le convendría,
por ejemplo, hacer un viaje
á París, ó á Italia... Á Roma,
que es el templo de las artes.
Y á propósito, usted pinta
tambien? Es indispensable
que me haga usted un retrato
que exige un pincel muy hábil;
el de la hermosa Lucrecia.

RAF. Caballero!...

BARON. El de ese ángel.
Tengo tres ó cuatro, pero
ninguno me satisface.
Yo quiero que usted la pinte
de cuerpo entero, en el traje
que saca en el *Rigoleto*
cuando deja que la abrace
el gran Duque. En esa escena,

no es verdad que está admirable?
Lo demas es cuenta mia.

RAF. Basta!

BARON. Bien... no hay que apurarse...

RAF. Caballero!...

BARON. Me hago cargo...
Los artistas, ya se sabe,
necesitan un estímulo.
Quiere usted que le adelante?...

RAF. Eso más!

BARON. Como usted quiera.

RAF. Quita!
(Á Marcial, que le contiene, y dirigiéndose luégo al Baron, que apercibiéndose de los ademanes de Rafael, afecta gran tranquilidad, y sacando un cigarro de su petaca, le dice:)

BARON. Va usted á fumarse
un cigarro, que es la nata
y flor de los imperiales.
Pero aquí está ya Lucrecia!

MARC. (Puede que ahora se salve.)

ESCENA V.

DICHOS, LUCRECIA.

LUC. (Aún están los dos.) Felices,
señor Baron!

BARON. Que Dios guarde
de mal á la bella ninfa
de estos agrestes lugares!
Y qué tal se pasa aquí?

LUC. Ya me fastidié bastante.
Pero no se sienta usted?
Á mi lado.

BARON. (Sentándose junto á ella.) Qué me place!

RAF. Ira de Dios!...

MARC. (Ap. á Rafael.) (Nada de esto
te pasaría en la calle
de Atocha. Vente conmigo.

RAF. Es preciso que yo mate...

MARC. Á Lucrecia? Prestarías

un servicio á los mortales.)

BARON. (Ap. á Lucrecia, con quien ha estado hablando en voz baja.)
Es inútil que usted niegue
lo que todo el mundo sabe.
No es esta su casa?

LUC. (En el mismo tono.) Sí.
Vine para que sacase
un busto mio.)

BARON. (En voz más alta.) Pues bien,
ya que hace una hermosa tarde,
volvámonos á Madrid.

MARC. (Á Rafael.) Y tú tambien: á la calle
de Atocha, número...

RAF. (Sombrío.) Calla!

MARC. (Va á haber aquí una catástrofe.)

BARON. Conque quiere usted volver
al teatro? Es muy laudable...

RAF. Y cuándo? (Conteniéndose apenas.)

LUC. Hoy mismo.

BARON. Á las siete
le mandaré mi carruaje.
Es buena hora?

LUC. Muy buena.

BARON. Adios, Lucrecia adorable!
Voy á buscar á don Juan.
Hasta luégo. (Á ella despidiéndose.)
(Á ellos saludando.) Buenas tardes!

ESCENA VI.

RAFAEL, LUCRECIA, MARCIAL.

MARC. Hizo usted muy bien, señora,
muy bien, en desengañarle.
Él sabe ya á qué atenerse;
y va á seguirme al instante
donde le están esperando
su honor, su gloria, su madre.
(Si supiera que aquí cerca
están esos pobres ángeles...)
Ven!

RAF. No.
MARC. Cómo?
RAF. No, Marcial.
Déjame... quiero quedarme...
MARC. Ah! Ya!... Te quedas!... Señora,
me equivoqué hace un instante.
Rafael es un mal hijo;
es un falso artista; vale
mucho ménos que el Baron.
Justo es que á sus piés se arrastre.
Hiera usted firme!... No hay miedo
que yo de evitarlo trate.
Usted le ultraja, señora,
y es digno de que le ultraje!
(Váse indignado.)

ESCENA VII.

LUCRECIA, RAFAEL.

RAF. Ya ves... era mi mayor,
mi único amigo... y le dejo,
le sacrifico á tu amor!
LUC. Haces mal. Sigue el consejo
de tu querido Mentor.
RAF. Mis sacrificios así
de olvidar eres capaz?
LUC. Tus sacrificios!...
RAF. Oh! Sí.
LUC. No los hice yo por tí?
Pues bien, estamos en paz.
RAF. En paz!... Es verdad... Por qué
me quejo yo de ese modo?
Yo á tu amor sacrifiqué
mis esperanzas, mi fe,
mi ambicion de gloria... todo!
Para tí, Dios es testigo,
no hay nada que á mi afan cuadre!...
y nada en cambio consigo.
Por tí he perdido un amigo!...
he abandonado á mi madre!...
Pero tú, si á cuentas vamos,

mereces más compasion. (Con algo de ironía.)
Has perdido aplausos. Vamos...
Tienes tú razon; estamos
en paz... Sí! Tienes razon!
(Se pasea agitado al decir los anteriores versos: de repente se detiene y dice á Lucrecia con tono brusco.)
El Baron hoy con porfía
te habló en voz baja.

LUC. Sí; pero...

RAF. Alguna galantería?
Qué te decía? Yo quiero
saber lo que te decía.

LUC. Que deje á Carabanchel
me ha pedido.

RAF. Y tú querrás
complacerle?

LUC. Sí.

RAF. Y cruel
piensas dejarme? Y quizás
volverte á Madrid con él?

LUC. Tal vez.

RAF. Lucrecia!...

LUC. Tendría
algo de particular?

RAF. Te vas, sí ó no?

LUC. Sí, á fe mia.

RAF. Y tú has podido pensar
que yo lo consentiría?

LUC. Á qué ese tono iracundo?
En que me olvides confío.
Yo en la experiencia me fundo.

RAF. Es decir...

UC. Amigo mio,
nada hay eterno en el mundo.

RAF. Lucrecia!—Tiene razon
Marcial.—Es indigna, es necia,
es infame mi pasion!
Amar á quien me desprecia!...
No merezco compasion.
Soy digno de tu desden.
Ríete de mí!... Así!... (Se rie él.)

Haces muy bien!... Oh! Muy bien!
No lo ves? Si yo tambien
me estoy riendo de mí!
Te amé, es verdad, y no poco.
Para exigir de tí amor
es necesario estar loco!
—Yo no te amo ya tampoco.

LUC. De veras? Tanto mejor!
Adios! Tu amistad no eludo:
me sería muy sensible.

RAF. Adios, Lucrecia.

LUC. No dude
que irás á verme á menudo.
Irás?

RAF. Eso es imposible.

LUC. Por qué?

RAF. (Me ahoga el coraje.)

LUC. Porque hoy de tí me despido?

RAF. No lo tome usted á ultraje.
Es preciso que trabaje...
que gane el tiempo perdido...

LUC. Ser mi amigo no te agrada?

RAF. Todo acabó entre los dos.

LUC. Así me iré resignada.

RAF. Ah! (Llevándose las manos al pecho.)

LUC. Qué es eso?

RAF. (Haciendo un esfuerzo.) Nada... nada...
de mí qué te importa?... Adios!

ESCENA VIII.

LUCRECIA, luégo D. JUAN y el BARON.

LUC. Casi me da compasion...
—Necia! Muera la esperanza
de tu insensata pasion!
Que si habla mi corazon
sacrifico mi venganza.

JUAN. Lucrecia!... (Trae un gran ramo de flores.)

LUC. Don Juan!

JUAN. Impía!
Nos dejó usted.

LUC. Fué un ardid.
JUAN. Una traicion!
LUC. No, á fe mia.
Yo dejé á Madrid...
JUAN. Fué un dia
de luto para Madrid.
BARON. Hoy, como en tiempos mejores,
venimos á celebrar
su cumpleaños.
LUC. Señores...
JUAN. Y esta guirnalda de flores
le vamos á colocar.
BARON. Digna por tan altos dones
de una corona es su sien.
Los reyes mandan naciones:
mandar en los corazones
es dulce imperio tambien.
JUAN. Nosotros una exigencia
tenemos.
LUC. Cuál?
JUAN. Casi nada.
Que la villa coronada
vuelva á honrar con su presencia
y abandone esta morada.
BARON. Y Rafael?
LUC. Fuí muy dura
con él y rompí mis redes.
JUAN. Él ó usted?
LUC. Él? Qué locura!
JUAN. Bah! Sé yo cierta aventura...
LUC. Qué?
BARON. Cómo?
JUAN. Escuchen ustedes
Usted por él sabrá ya
cómo su madre adoptó
á una jóven...
LUC. No sé... Ah!..
JUAN. Se llama María.
BARON. Bah!
JUAN. Ayer mismo la ví yo.
Buscando á Rafael fuí...
LUC. Y no estaría?

JUAN. No tal.
Y á fe que no lo sentí.
LUC. Por qué?
JUAN. Porque en cambio ví
á esa niña angelical.
Oh! Debe amar con locura
á Rafael. Me habló de él...
LUC. Hola!
JUAN. Pobre criatura!
Es tan hermosa, tan pura!...
Es digna de Rafael.
Al hablarme dolorida
de él y de su ingrato olvido,
era su voz tan sentida,
que la escuché conmovido
por vez primera en mi vida.
LUC. Vaya! Parece increible.
JUAN. Y qué quiere usted, señora?
El hombre más insensible...
No hay quién resista, imposible!
á esa niña encantadora.
LUC. Bien... Y qué dice?
JUAN. Que ansía
verle pronto.
LUC. Por fortuna
hoy logrará su porfía.
—Rafael quiere á María?
JUAN. No cabe duda ninguna.
LUC. Hola!...
JUAN. Y así se comprende
que rompa al fin su prision.
BARON. No llorará usted? (Á Lucrecia.)
LUC. Se entiende!
JUAN. Contra el dolor la defiende
su blindado corazon.
Rafael con frenesí
corre tras nuevos encantos
y la olvida á usted.
LUC. Á mí?
JUAN. Qué importa? Así como así
ha olvidado usted á tantos!...
LUC. Es usted un necio.

JUAN. Eh?...
BARON. (Ap. á D. Juan.)
Vámonos de aquí!
JUAN. Por qué?
BARON. Porque usted la ha incomodado.
JUAN. Lo siento. No volveré
hasta que pase el nublado.

ESCENA IX.

LUCRECIA.

Que él me abandona?... Mentira!
Tengo en mi alma un infierno.
Sed de venganza respira
mi corazon. Dios eterno!
Me han vuelto loca de ira.
—María!... mi altivez huellas!...
—Odio á esas mujeres, sí,
tan cándidas como bellas.
Oh! las odio... como ellas
me deben odiar á mí!
Ah! Veremos, ya que impía
mi venganza provocó,
quién vence en esta porfía,
si un ángel como María
ó una mujer como yo...
(Momentos ántes ha aparecido Rafael y se detiene contemplándola.)

ESCENA X.

LUCRECIA, RAFAEL.

RAF. (Infame! Oh! Su odio insano
será ya inútil.)
LUC. (Viéndole en el espejo.) (Ah!... Es él!
Volvió.) Eres tú, Rafael? (Con cariño.)
No te esperaba yo en vano.
Sabes que te amo.
RAF. Sí?...
LUC. Oh!

Te amo, sí, con desvarío!

RAF. (Pero esta mujer, Dios mio!
me va á volver loco?—No!)

LUC. No es verdad que al ver que cedo
á tu amor lo olvidas todo?
Pero me miras de un modo,
Rafael, que me da miedo.
Al ver que en amor me inflamo,
tu corazon no palpita?

RAF. Lucrecia!...

LUC. No sientes?...
(Yendo á tomarle una mano.)

RAF. (Rechazándola.) Quita!

LUC. Rafael!

RAF. Yo no te amo!

LUC. Llenas de dolor profundo
un corazon que te adora.

RAF. Usted lo ha dicho, señora:
nada hay eterno en el mundo.
Nuestro amor fué un episódio.
Despues de turbar mi calma,
supo usted que había un alma
que envenenar con su odio.
Y aunque con rabia infernal
ahora oculta su desden,
no es por quererme á mí bien,
es por querer á ella mal.
Por eso, sintiendo enojos
que encubren nuevos agravios,
mienten amor esos labios,
fingen ternura esos ojos.
Ojalá que esa pasion
fuera verdad algun dia,
porque entónces gozaría
en su desesperacion!

LUC. Rafael, yo te amo, sí.
No adivinas, Rafael,
por qué hace poco, cruel
con mis desdenes te herí?
Ah! No era ese odio impío
que supones en mi pecho:
era rabia, era despecho

de quererte á pesar mío.
Es que ha llegado ya el dia
de que, perdiendo la calma,
en el fuego de tu alma
sienta abrasarse la mia.

RAF. Lucrecia!... (Ah, no! soy un necío.)
Huye!

LUC. No seas cruel!
No me dejes, Rafael!

RAF. Vano ardid! Yo te desprecio.
Adios!

LUC. Tu amor me abandona!

RAF. Adios para siempre!

LUC. Pero...

RAF. Dejarla asi... No! Ántes quiero
arrancarte esa corona.
Mintiendo está la pureza
del alma...

LUC. Oh cielo!...

RAF. El candor...
Por eso yo, en mi furor,
la arranco de tu cabeza. (Se la quita.)

LUC. Ah! (Furiosa.)

ESCENA XI.

DICHOS, D. JUAN, el BARON.

JUAN. Qué hay?

BARON. Yo quiero saber...

JUAN. Habla!

RAF. Señores, si hubiera
un hombre que se atreviera
á insultar á esa mujer...

BARON. Qué disparate! Quién osa?...

RAF. Qué harían ustedes?

JUAN. Oh!...
Yo le mataría.

BARON. Y yo.
Pues no faltaba otra cosa!

RAF. Pues yo fuí el imprudente
que la insultó: ved ahí

su corona... yo, yo fuí
quien la arrancó de su frente.
No hay quien en pró mueva el labio
de esa mujer ofendida?
No hay ninguno que me pida
satisfaccion del agravio? (Breve pausa.)
Ustedes que hacen alardes
de rendir á su amor culto,
no están viendo que la insulto?
No la defienden? Cobardes!

JUAN. Has perdido el juicio? Dí.

RAF. No, no! Yo quiero saciar
mi sed de sangre: matar
ó que me maten á mí.
Sal! (Á D. Juan.)

JUAN. Rafael!

RAF. Al instante!

JUAN. Te vas á enfadar conmigo
siendo tu amigo?

RAF. Mi amigo?...
Sí!... Como ella mi amante.
Ah! Por fin cayó la venda.
Ve usted ya claro, señora?
Tantos amantes... y ahora
no hay uno que la defienda!

BARON. (Escarnecer mi valor...)

JUAN. (Dudar de mi inmenso brío...)

LUC. Partamos de aquí. (Dios mio! (Al marcharse.)
Esto es odio ó es amor?)

ESCENA XII.

RAFAEL.

Partió. De ser mi alma esclava
libre queda en este instante.
Era una lucha incesante
que mi valor quebrantaba.
De esa mujer maldecida
muera el último recuerdo.
(Arrojando el busto por la ventana.)
Sólo con mirarla pierdo

mi tranquilidad, mi vida.
Cese ya la eterna lid
que avasalló mi coraje.
—Voy á reunir cuanto traje
para volver á Madrid. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XIII.

MARCIAL, á quien siguen por el fondo MARÍA y DOÑA CATALINA.

MARC. Se fué... nada hay que temer.
Entren ustedes... prudencia!
CAT. Y mi Rafael?
MARC. Paciencia!
Pronto le va usted á ver.
CAT. Usted mi dolor consuela.
MARC. Nada de gritos... ni llanto!...
Por si ella vuelve entre tanto,
me pondré de centinela. (Váse.)
MARIA. Será verdad que está allí?
CAT. Marcial no miente, hija mia.
MARIA. Pues si es cierto, qué alegría
cuando le encontremos!...
CAT. Sí.
MARIA. Qué dicha!
CAT. Ya no me aflijo.
No ves qué contenta estoy?
MARIA. De veras?
CAT. Sí; porque voy
á recobrar á mi hijo.
MARIA. Que á tanto amor sea fiel!
CAT. Que Dios á mi amor le guarde!
(Se oye sonar la campana el toque de oraciones.)
MARIA. Ah! La oracion de la tarde!
CAT. Roguemos á Dios por él!
(Aparece Rafael en el dintel de la puerta.)
Esa campana, María,
vierte en mi alma un consuelo!...
Parece la voz del cielo
que al fin responde á la mia.

Alcemos nuestra oracion
á Dios con amor prolijo.

ESCENA XIV.

DICHAS, RAFAEL.

RAF. Dios te devuelve tu hijo.
CAT. Hijo de mi corazon!
MARIA. Ah! (Con expresion de alegría.)
CAT. (Abrazándole.) Sobre mi seno... aquí!
Oh placer! Hijo querido!
Si vieras cuánto he sufrido
más de un mes lejos de tí!...
RAF. Un siglo fué, no es verdad?
CAT. Queda tiempo todavía...
RAF. (Con exaltacion creciente, que ha de dejar ir viendo aumentarse la fiebre.)
Para amarte, madre mia,
es poco una eternidad.
CAT. (No sé qué hay en su mirada...
(Despues de tomarle una mano.)
Está pálido... está frio...)
Te sientes mal, hijo mio?
RAF. Un poco... pero no es nada.
Vuelvo á hallar la dicha... sí!
Cierra la puerta, María:
cierra bien, hermana mia,
para que no huya de aquí.
MARIA. Lo que huye de aquí es la pena.
CAT. Esa palidez me inspira
un recelo...
RAF. Sí? Pues mira...
lo que es tú... no estás muy buena.
CAT. Yo? Si tal.
RAF. Qué te da enojos?
CAT. Un mes lejos de mí!...
MARIA. Pues!
Un mes! Y en todo ese mes
no se han cerrado sus ojos.
CAT. Qué quieres? Sin tí no vivo.
Y ella tambien anhelante...

RAF. Tambien tú? Desde este instante
he de ser vuestro cautivo.
Siempre juntos!—Pero estás (Á su madre.)
cansada.

CAT. Al revés; estoy...

RAF. Vé y duerme.

CAT. No.

RAF. (Con cariñosa amenaza.) Pues me voy
para no volver jamás.

CAT. No digas eso. Estás loco?
Sólo al pensarlo me asusto.

RAF. Pues entónces dame gusto!
Descansa en mi lecho un poco!
(Señalando al cuarto de la izquierda.)

CAT. Como quieras. (Condescendiendo.)

RAF. (Despues de abrazarla.) De esa suerte
te afliges?

CAT. Creo, ay de mí!
que me separo de tí
para no volver á verte.

RAF. Madre!...

CAT. Sí.

RAF. Vana quimera!

MARC. Es la falta de reposo.

RAF. Vé á soñar en el hermoso
porvenir que nos espera.

CAT. Siempre juntos!... Qué alegría!
Sin separarnos!

RAF. (Empujándola suavemente.) Eso es.

CAT. Hijo mio, hasta despues.

RAF. Hasta luégo, madre mia. (Váse Doña Catalina.)
Y tú? (Á María.)

ESCENA XV.

RAFAEL, MARÍA.

MARIA. Yo me iré tambien
para que usted no me riña.

RAF. No; quédate, pobre niña!
No temas ya mi desden.
(Qué placer tan singular

brilla en sus ojos! Sus ojos,
que están todavía rojos,
quizás de tanto llorar.)

MARIA. Ya usted no querrá volver
á ausentarse?

RAF. Jamás!

MARIA. Eso.

RAF. Desde hoy me declaro preso,
esclavo de mi taller.

MARIA. Qué bueno es orar! Sí; Dios
enjugó al fin nuestro llanto.
Si viera usted cuánto, cuánto
hemos sufrido las dos!
Sabe usted lo que yo hacía?
Soñar males que ya olvido.

RAF. Ay! Yo tambien he tenido
un mal sueño, hermana mia.
Pero con él ya no lucho,
que al fin triunfé de su empeño.
Dios sabe que ese mal sueño
me hizo sufrir mucho, mucho!
(Desde este momento le domina la fiebre.)
He soñado...—no te asombres—
que una mujer singular
se complace en desgarrar
el corazon de los hombres.
Que mata con la mayor,
con la más impía calma,
cuanto hay de noble en el alma,
la fe, la gloria, el honor.
Soñé que tiene de hielo
el corazon, y que hay hombre
capaz de infamar su nombre
y arrastrarlo por el suelo,
con tal de que á ella le cuadre,
borrando de su memoria
hasta sus sueños de gloria,
hasta el amor de su madre!

MARIA. Qué sueño!

RAF Perdí la calma.
No es verdad que fué un mal sueño?

MARIA. Sí.

RAF. Con qué tenaz empeño
se apoderó de mi alma!
Mas volví de mi estupor
á la luz, á la alegría.
Me han despertado, María,
la religion y el amor.
(Breve instante de silencio, durante el cual María le observa con ansiedad.)

MARIA. Dios mio! Esa palidez,
esa agitacion...

RAF. Sí; siento...

MARIA. Qué?...

RAF. Será el remordimiento
que me devora tal vez.
Pero no... con la bondad
de que el cielo os ha dotado,
mi madre me ha perdonado,
y tú tambien, no es verdad?

MARIA. Cálmese usted por favor!

RAF. Pero si no siento nada,

MARIA. Tiene usted la mano helada!

RAF. Sí? Yo haré que entre el calor.
(Muestra intencion de ponerse á trabajar: despues, tras un gesto de cansancio, dice:)
Mañana trabajaré.

MARIA. Sí; descanse usted un rato.

RAF. En dónde está tu retrato?

MARIA. En Madrid me lo dejé.

RAF. Ven!
(Tomándola la mano, despues que se acerca.)

MARIA. Tiembla usted!

RAF. No hagas caso.

MARIA. Y arde su mano, ántes fria!

RAF. Ah!...

MARIA. Qué?

RAF. Dame agua, María!
Dame agua, porque me abraso.
(Váse María, al mismo tiempo que aparece Marcial, volviendo á entrar con un vaso.)

ESCENA XVI.

RAFAEL, MARCIAL, MARÍA.

MARC. Rafael?. .
RAF. En vano lucho.
MARC. Rafael!
(Vuelve á entrar María con un vaso de agu
RAF. Déjame! ..
MARC. Qué?...
Qué tienes?
RAF. Ay! No lo sé...
pero sufro mucho, mucho!
Ella en mi imaginacion
está sólo. Yo la siento
que está aquí. . en mi pensamiento;
que está aquí... en mi corazon.
No la veis? Me mira... Sí!
MARIA. Ah!
MARC. Su razon se extravía.
RAF. Aparta, mujer impía!
Qué es lo que buscas aquí?
Voy á hacer sin compasion
lo que tú conmigo has hecho:
voy á desgarrarte el pecho!...
á arrancarte el corazon!...
(Acompaña la accion á la palabra: extravío completo de la razon. Despues transicion.)
Já! já!... Nada, amigo mio. .
Busqué con delirio insano
su corazon; y mi mano
halló tan sólo el vacío.
MARC. Rafael!. . Rafael!. .. Oh!
Cálmate!
RAF. Qué es lo que quieres?
MARIA. Qué desgracia!
RAF. (Á María.) Y tú quién eres?
MARIA. No me conoce! Soy yo...
María.
MARC. Tu hermana!
RAF. Sí.

Tú eres mi hermana María.
Ven!.. Sígueme, hermana mia;
huyamos lejos de aquí!
(Se levanta y cae: Marcial y María le vuelven á sentar: postracion completa.)
Parece que de mi seno
el postrer suspiro exhalo.
Ella ha sido mi ángel malo...
Ven! Tú serás mi ángel bueno.

MARC. Con un genio tan profundo
morir pobre!... oscurecido! ..
Rafael, aún no has cumplido
tu mision en este mundo!
Vivirás!... Para tí, hermoso
el porvenir se engalana.

MARIA. Una madre y una hermana
sabrán hacerle dichoso.

RAF. (Vuelve á la razon, precursora de su fin.
Dichoso!... La dicha en tí
me reservaba mi estrella.
Ay! Yo pasé junto á ella
y no la ví! No la ví!
Yo, del mal haciendo alarde,
no ví el bien...—estaba loco.—
Ahora le toco... le toco...
pero ya es tarde!... Ya es tarde!

MARIA. Gran Dios!

MARC. (Verle morir... Oh!
Y no poderle salvar!...)

RAF. Oye... quisiera abrazar
á mi madre... pero no...
Que no vea mi agonía!
Dile que he muerto contento...
que mi último pensamiento
fué para ella... María!...

MARIA. Ah!

RAF. Rezad por mí las dos...
No la abandones jamás...
Adios! Tú le llevarás
mi postrer suspiro... adios! (Cae.)
(Golpes á la puerta.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, LUCRECIA, dentro.

LUC. (Dentro.) Rafael?
MARC. Á que taladre
su alma el dolor la sentencio.
LUC. Rafael?
MARIA. Muerto!
MARC. Silencio!...
que está durmiendo su madre!

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Las dos madres.
Mi suegro y mi mujer.
Olimpia.
Á público agravio pública venganza.
Los maridos. (Cuarta edicion.)
Á un pícaro otro mayor.
El alma en un hilo.
Un marido cogido por los cabellos.
Sistema homeopático. (Tercera edicion.)
La chispa eléctrica.
Trece á la mesa.
¡Mate usted á mi marido!
La campana de la ermita.
Diez minutos de reinado.
Retrato y original.
Un rival del otro mundo.
Entre mi mujer y el primo.
Los guardias del rey de Siam.
Al son de los puritanos.
Un beso y un bofeton.
Heráclito y Demócrito.
La bolsa ó la vida.
La isla de las monas.
Los dedos huéspedes.
Susana.
La venda de Cupido.
Cosas de mi tio.
¿Estamos en Leganés?
Amor de padre.
Las dos viudas.
Un hombre que ha quemado á una mujer.
Don Galopin se queda en casa.
Mefistófeles.
La Favorita.
El cuarto mandamiento.
Con la música á otra parte.
Mi mujer y el primo.
Huyendo de Paris.
El para-rayos.
Un leon con calentura.
Por un cigarro.
Demonio y ángel.
Un novio cogido por los cabellos.

EN COLABORACION.

Crisis matrimonial.
Los amigos íntimos.
Barba azul. (Segunda edicion.)
El elixir de amor.
Si yo fuera rey.
Zampa.
Los falsos monederos.
Harry el diablo.
Flor de te.
Un casamiento republicano.
La bella Elena.
Los dragones.
El jóven Cupido.
La redencion del pasado.
Despues del diluvio.
La Copa de plata.
Un viaje de mil demonios.
Las cien doncellas.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Propp. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Amor al arte	1	D. José Jackson Veyan.	Todo.
La cesta de la plaza	1	José Navarrete	»
Por el Señor de la Casa	1	Soravilla y Pascual	»
Una suegra en batería	1	E. Ceballos Quintana.	»
Demonio y Ángel	2	Miguel Pastorfido	»
La redencion del pasado	2	Granés y Pastorfido	»
ZARZUELAS.			
El pan de la emigracion	1	D. N. N.	L. y M.
La familia Bachicha	1	Palomino y Vidal	L. y M.
El mundo va á arder	1	Granés y Pastorfido	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.